

Maya Angelou

Yo sé por qué canta
el pájaro enjaulado

Traducción de Carlos Manzano

Primera edición en Libros del Asteroide, 2016
Título original: *I Know Why the Caged Bird Sings*

El título *Yo sé por qué canta el pájaro enjaulado* procede del poema «Sympathy», de Paul Laurence Dunbar.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © 1969 by Maya Angelou
Copyright renewed © 1997 by Maya Angelou
Esta traducción ha sido publicada mediante un acuerdo con Random House, una división de Penguin Random House LLC.

© de la traducción, Carlos Manzano, 2016
© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Ilustración de cubierta: © SongSpeckles
Fotografía de la autora: © Henry Monroe

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.
Avió Plus Ultra, 23
08017 Barcelona
España
www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-16213-66-5
Depósito legal: B. 2.725-2016
Impreso por Reinbook S.L.
Impreso en España - Printed in Spain
Diseño de colección: Enric Jardí
Diseño de cubierta: Duró

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

*Dedico este libro a
MI HIJO, GUY JOHNSON,
Y A TODOS LOS FUERTES Y PROMETEDORES
PÁJAROS NEGROS
que desafían a los hados y a los dioses
y cantan sus canciones.*

AGRADECIMIENTOS

Agradezco a mi madre, Vivian Baxter, y a mi hermano, Bailey Johnson, que me incitaran a recordar. Doy las gracias al Harlem Writers' Guild por su interés y a John O. Killens por decirme que valía para escribir y a Nana Kobina Nketsia IV, quien insistió en que debía hacerlo. Mi gratitud eterna a Gerard Purcell por creerlo en concreto y a Tony D'Amato por entender. Doy las gracias a Abbey Lincoln Roach por brindarme el título de este libro.

Por último, gracias a mi editor de Random House, Robert Loomis, quien me aguijoneó con cariño para que recordara los años perdidos.

*¿Por qué me miras así?
No he venido a quedarme...*

No era tanto que hubiese olvidado cuanto que no podía ponerme a recordar. Había cosas más importantes.

*¿Por qué me miras así?
No he venido a quedarme...*

Que pudiese o no recordar el resto del poema carecía de importancia. La verdad de esa afirmación era como un pañuelo empapado que tuviese yo apretado en las manos y cuanto antes lo aceptaran antes podría abrir las manos para que el aire me secase las palmas.

¿Por qué me miras así...?

Los niños de la sección infantil de la Iglesia Metodista Episcopal de Personas de Color estaban agitándose y lanzando risitas ante mi proverbial despiste.

Cada vez que respiraba, mi vestido de tafetán de color lavanda crujía y, al aspirar aire para exhalar la vergüenza, sonaba como el papel rizado en la parte trasera de un coche fúnebre.

Al ver a la Yaya poner volantes fruncidos en el dobladillo y plieguecitos muy monos en torno a la cintura, había comprendido que, cuando me vistiese con él, parecería una estrella de cine. (Era de seda, lo que compensaba su horrible color.) Iba a parecer una de esas lindas niñas blancas que eran el ideal de todo el mundo, el sueño de un mundo como Dios manda. Delicadamente apoyado en la negra máquina de coser Singer, parecía mágico y, cuando me lo vieran puesto, vendrían corriendo a decirme: «Marguerite (algunos «querida Marguerite»), perdónanos, por favor; no sabíamos quién eras», y yo respondería generosa: «No, no podíais saberlo. Desde luego, os perdono».

Solo de pensarlo, pasé días enteros como si un hada me hubiese tocado con su varita, pero el sol de las primeras horas de la mañana de Pascua Florida había revelado que ese vestido era un remiendo feísimo de un desecho, en tiempos púrpura, de una mujer blanca. Era largo como el de una señora mayor, pero no ocultaba mis flacas piernas, untadas de vaselina y empolvadas con arcilla roja de Arkansas. Con su tono descolorido, hacía parecer mi piel sucia como el barro y todos los presentes en la iglesia estaban mirando mis flacas piernas.

¡Menuda sorpresa se llevarían el día en que despertara de mi feo sueño negro y mi pelo de verdad, largo y rubio, ocupase el lugar de la crespa maraña que la Yaya no me dejaba alisar! Mis claros ojos azules iban a hip-

notizarlos, después de todo lo que habían dicho —que si mi «papá debía de haber sido chino» (creía que querían decir hecho de porcelana china, como una taza) y demás—, porque tenía ojos muy pequeños y estrábicos. Entonces entenderían por qué no se me había pegado nunca el acento del Sur ni hablaba la jerga común y por qué habían de forzarme para que comiese coles y morro de cerdo: porque era, en realidad, blanca y una cruel madrastra duende, celosa, lógicamente, de mi belleza, me había convertido en una chica negra fuertota, de crespo pelo negro y pies grandes y con un hueco entre los dientes por el que habría cabido un lápiz del número 2.

«¿Por qué me miras así?...» La esposa del pastor se inclinó hacia mí, con su cetrino y largo rostro embargado de pena. Me susurró: «Vengo a decirte que hoy es Pascua Florida». Lo repetí juntando las palabras: «Vengo a decirte que hoy es pascua florida», con la voz más baja posible. Las risitas se cernían en el aire como nubarrones en espera de descargarme la lluvia encima. Alcé dos dedos, muy cerca del pecho, para indicar que había de ir al servicio y me dirigí de puntillas a la parte trasera de la iglesia. En determinado momento, me llegó, débil, por encima de la cabeza la voz de unas señoras: «El Señor bendiga a la niña» y «Alabado sea Dios». Yo llevaba la cabeza alta y los ojos abiertos, pero no veía nada. Cuando iba por la mitad de la nave, la iglesia prorrumpió en el «¿Estabas tú presente cuando crucificaron a mi Señor?» y tropecé con un pie que sobresalía del banco de los niños. Me tambaleé y empecé a decir algo o quizás a gritar, pero un caqui verde o tal vez un limón se me trabó entre las piernas y se exprimió. Sentí su agrio sabor en la lengua y en el fondo de la boca.

Luego, antes de llegar a la puerta, la picazón me abrazaba piernas abajo hasta los calcetines domingueros. Intenté contenerla, reabsorberla, impedir que se acelerara, pero, cuando llegué al porche de la iglesia, sabía que debía dejarla escapar o, si no, probablemente me volvería a subir hasta la coronilla y mi pobre cabeza estallaría como una sandía, al caer en el empedrado, y los sesos, la saliva, la lengua y los ojos se me derramarían por todo el suelo, conque salí corriendo al patio y la dejé escapar. Corrí, orinando y llorando, no hacia el servicio, sino hacia casa. Con ello me iba a ganar una azotaina, seguro, y los niños maliciosos iban a tener otro motivo para chincharme. Aun así, me eché a reír, en parte por el alivio; de todos modos, la alegría mayor se debía no solo a haberme liberado de la absurda iglesia, sino también a saber que no moriría con la cabeza reventada.

Si bien el proceso de desarrollo de una muchacha sureña negra es doloroso, la sensación de estar fuera de lugar es como el óxido de la navaja que amenaza con cortarte el cuello.

Es un insulto innecesario.

1

Cuando Bailey tenía cuatro años y yo tres, habíamos llegado a aquel pueblecito atrasado con marbetes en las muñecas que informaban —a quien correspondiese— de que éramos Marguerite y Bailey Johnson hijo, procedentes de Long Beach (California) y con destino a Stamps (Arkansas), c/o señora Annie Henderson.

Nuestros padres habían decidido poner fin a su desastroso matrimonio y Papá nos envió a casa de su madre. Nos había dejado a cargo de un mozo de tren, que el día siguiente se apeó en Arizona, y mi hermano llevaba los billetes prendidos en el bolsillo del abrigo.

No recuerdo gran cosa de aquel viaje, pero, cuando llegamos a la segregada parte meridional del trayecto, la situación debió de mejorar. Los pasajeros negros, que siempre viajaban con fiambreras repletas, se apiadaron de «los pobres huerfanitos tan monos» y nos atiborron con pollo frito y ensaladilla.

Años después, descubrí que miles de niños negros atemorizados habían cruzado solos los Estados Unidos para reunirse con sus padres, que habían conseguido una situación acomodada en ciudades del Norte, o para vol-

ver con sus abuelas en ciudades del Sur, cuando el Norte urbano dejaba de cumplir sus promesas económicas.

La ciudad reaccionó con nosotros como lo habían hecho sus habitantes, antes de nuestra llegada, con todas las cosas nuevas. Por un tiempo, nos estudió con curiosidad, pero con cautela, y, tras ver que éramos inofensivos (y niños), se nos acercó y nos rodeó, como una madre verdadera abraza a un niño ajeno: con cariño, pero sin demasiada familiaridad.

Vivimos con nuestra abuela y nuestro tío en la parte trasera de la Tienda (siempre se hablaba de ella como si fuese un nombre propio), de la que aquella era propietaria desde hacía unos veinticinco años.

A comienzos de siglo, la Yaya (pronto dejamos de llamarla abuela) vendía almuerzos a los aserradores del almacén de maderas (Stamps oriental) y a los trabajadores de la desmotadora de algodón (Stamps occidental). Sus empanadas de carne crujientes y limonadas frescas, unidas a su milagrosa capacidad para estar en dos lugares a la vez, garantizaron su éxito comercial. De vendedora ambulante de comida pasó a regentar un chiringuito entre esos dos puntos de interés financiero y atendió las necesidades de los obreros durante unos años. Después, mandó construir la Tienda en el centro de la zona negra. Con los años, llegó a ser el centro de las actividades seculares del pueblo. Los sábados, los barberos sentaban a sus clientes a la sombra, en el porche de la Tienda, y los músicos ambulantes, en su incesante trajinar por el Sur, se recostaban en sus bancos y cantaban sus tristes canciones de The Brazos, mientras tocaban sus birimbaos y sus guitarras, hechas con cajas de puros.

El nombre oficial de la Tienda era Almacén General Wm. Johnson. Los clientes podían encontrar en ella comestibles, una buena diversidad de hilos de colores, salvado para los cerdos, maíz para las gallinas, petróleo para quinqués, bombillas (para los ricos), cordones de zapatos, brillantina para el pelo, globos y semillas de flores. Lo que no estuviera a la vista bastaba con encargarlo.

Hasta que nos familiarizamos lo suficiente con la Tienda y ella con nosotros, estuvimos encerrados en una atracción de feria cuyo vigilante se hubiera marchado para no volver.

Todos los años, veía yo el campo situado frente a la Tienda volverse de un verde oruga y después, gradualmente, blanco como la escarcha. Sabía exactamente cuánto tiempo pasaría hasta que los grandes camiones entraran en el patio delantero y cargasen, al amanecer, a los recolectores de algodón para llevarlos a las plantaciones que habían sobrevivido desde la época de la esclavitud.

Durante la temporada de la recolección, mi abuela se levantaba a las cuatro de la mañana (nunca usaba despertador), se arrodillaba en el crujiente entarimado y salmodiaba con voz somnolienta: «Padre nuestro, gracias por dejarme ver este nuevo día. Gracias por no permitir que la cama en que yací anoche fuera la tabla en que reposara mi cadáver ni la manta mi sudario. Guía por el camino recto mis pasos en este día y ayúdame a poner freno a mi lengua. Bendice esta casa y a todos cuantos en ella viven. Gracias, en nombre de tu hijo Jesucristo, amén».

Antes incluso de haberse levantado, nos llamaba y daba órdenes, después metía sus grandes pies en zapatillas hechas en casa y recorría el desnudo piso de madera, fregado con lejía, para encender el quinqué de petróleo.

La lámpara de la Tienda daba la sensación de estar en un apacible mundo de ensueño que me hacía sentir la necesidad de hablar en voz muy baja y caminar de puntillas. Durante toda la noche se habían mezclado los olores de cebollas, naranjas y petróleo y no se disipaban hasta que se quitaba de la puerta el travesaño de madera y se abría paso hasta el interior el aire de la temprana mañana, junto con los cuerpos de personas que habían caminado varias leguas para llegar al lugar en que las recogerían los camiones.

«Jefa, deme dos latas de sardinas.»

«Hoy voy a trabajar tan rápido, que vosotros, a mi lado, vais a parecer postes.»

«Póngame una rebanada de queso y unas galletas saladas.»

«A mí deme un par de tortas de cacahuete de esas tan mantecosas.» Esto podía haberlo dicho un recolector de algodón que se llevaba el almuerzo y se metía la grasienta bolsa de papel marrón tras el peto del mono. Se iba a tomar el dulce como un refrigerio antes de que el sol del mediodía diera la señal de descanso a los trabajadores.

En aquellas tiernas mañanas, la Tienda estaba llena de risas, bromas, jactancias y fanfarronerías. Un hombre iba a recoger cien kilos de algodón y otro trescientos. Hasta los niños prometían llevarse a casa cuatro y seis reales.

El campeón del día anterior era el héroe del amanecer.

Si profetizaba que ese día el algodón iba a estar muy disperso en el campo y se iba a pegar, como goma, a las vainas, todos los que escuchaban le daban, sinceros, la razón mascullando.

El sonido de los sacos de algodón arrastrados por el suelo y los murmullos de personas que se desperezaban resultaban entrecortados por la caja registradora, conforme cobrábamos los artículos de a cinco centavos.

Si bien los sonidos y olores de la mañana contaban con la unción sobrenatural, la caída de la tarde presentaba todos los rasgos de la vida normal de Arkansas. A la mortecina luz del sol, la gente arrastraba más su cuerpo que los sacos de algodón vacíos.

De vuelta en la Tienda, los recolectores se apeaban de los camiones, doblaban las piernas, muy desanimados, y se dejaban caer en el suelo. Por mucho que hubiesen recogido, no era bastante. Con su paga no podían saldar la deuda que tenían con mi abuela, por no hablar de la descomunal cuenta que los esperaba en el economato de los blancos, en el centro de la ciudad.

Los sonidos de la nueva mañana habían quedado substituidos por el refunfuñar sobre los patronos tramposos, las básculas trucadas, las culebras, la escasez de algodón y las ringleras polvorientas. Años después, yo iba a oponerme con tan desmesurada rabia a la descripción estereotipada de alegres recolectores de algodón cantando mientras trabajaban, que «mi paranoia», según decían, iba a resultar violenta hasta a amigos negros, pero es que yo había visto los dedos heridos por las aviesas vainas de algodón y había presenciado la resistencia de espaldas, hombros, brazos y piernas a satisfacer una sola exigencia más.